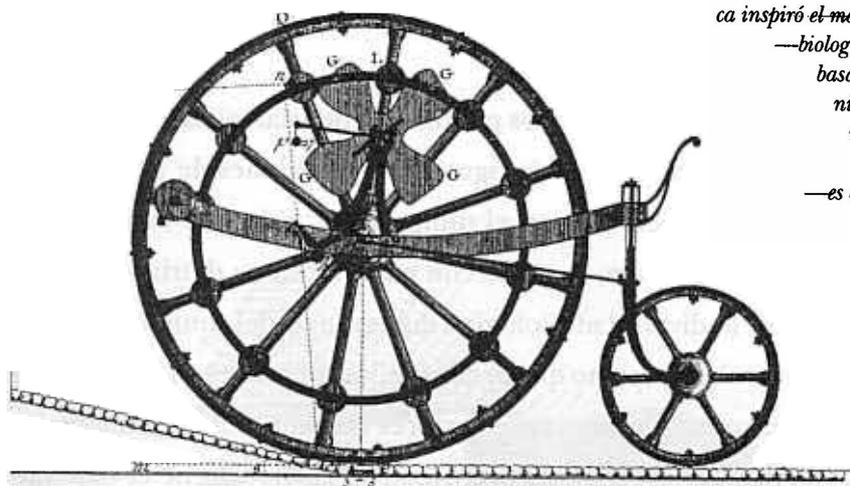


Tres paradigmas científicos para abordar el caos político de México

BERNARDO BOLAÑOS G

Del mismo modo que la mecánica inspiró el liberalismo, y la termodinámica inspiró el marxismo, es la teoría de la información en todas sus formas —biología, informática, lingüística, antropología— en lo que debe basarse actualmente un análisis social. Esta teoría enseña que ninguna forma, social o física, puede existir si sus miembros no se comunican entre sí y con el exterior; demuestra que el tiempo puede convertirse en reversible allí donde el orden —es decir, información que tiene sentido para un observador— puede ser creado.

Jaques Attali



Si la ciencia logra frecuentemente convertir las observaciones acerca de fenómenos caóticos en teorías que describen fenómenos lineales y predecibles, ¿se puede comprender el caos político de las complejas sociedades contemporáneas e incluso transformarlo en un feliz y racional modelo de convivencia social? En el preciso momento en que este artículo es escrito, los tecnócratas mexicanos buscan controlar la inestabilidad del país con reformas legales y ensayan una ingeniería constitucional para “ordenar” el caos político, social y económico. Para ello acuden a verdaderos científicos: Giovanni Sartori, por ejemplo, de la Uni-

versidad de Columbia, quien defiende el método científico de construir las teorías y contrastarlas con base en material empírico y, por lo tanto, se ha dedicado a estudiar decenas de sistemas políticos. Sartori, por cierto, se muestra pesimista en el caso mexicano, y considera que nuestro sistema político es como un tren que avanza aceleradamente hacia donde no hay rieles, es decir, a la ingobernabilidad.

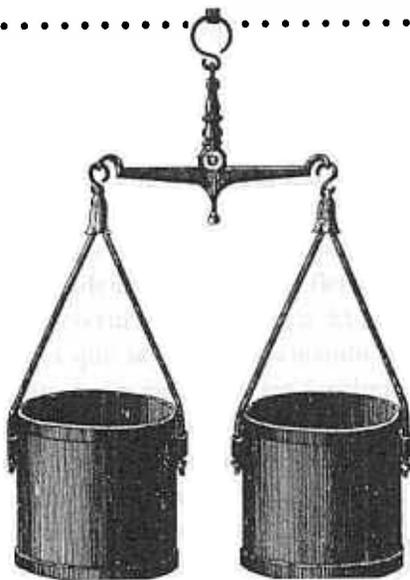
¿Pero con qué directrices hay que abordar el caos político? Mientras que en matemáticas y astronomía los primeros paradigmas (en el sentido usado por Kuhn) datan de la prehistoria, en física las teorías newtonianas corres-

ponden al siglo XVII, y la biología se consolidó aún más recientemente como ciencia (con el estudio de la herencia y la teoría de la selección natural), en las ciencias sociales apenas empiezan a funcionar algunos consensos acerca de cómo debe hacerse la investigación científica. Por esta razón, las matrices de las disciplinas anteriores sirvieron por siglos como soporte racional para el pensamiento político y aún son indispensables. Analogías y metáforas tomadas de la geometría, la física moderna y la biología, explican en gran medida la racionalidad que se trató de introducir en las organizaciones humanas modernas.

Los hombres como unidades aritméticas

Si, como dice Kuhn, las matemáticas tienen el carácter de paradigma científico desde la prehistoria, paralelamente a ellas pueden encontrarse muy antiguas nociones de justicia y criterios para “ordenar” la vida de la comunidad. Los juicios éticos, jurídicos y políticos requieren algún modelo de racionalidad en el cual basarse históricamente. El primero de ellos fue la racionalidad matemática. Para escapar de la lógica de poder que implica la lucha física como único criterio de solución de controversias, se crearon algunos modelos axiomáticos de reglas a partir de la lógica y la geometría. “Los juristas romanos tomaron de los griegos el modelo de ciencia”, dice Tamayo y Salmorán. La inferencia de enunciados a partir de principios fundamentales, *regulae*, contenidos en leyes escritas o en el pensamiento de grandes sabios, permitía a los gobernantes administrar un poder hasta cierto punto racional que era efectivo para conjurar el “caos”. La estructura axiomática de los sistemas jurídicos llegó a ser tan bella como los silogismos aristotélicos y la geometría analítica. Se trataba de aparatos racionales capaces de solucionar contradicciones entre valores sociales, responder con criterios de apariencia racional ante conductas socialmente reprobables, etcétera.

La construcción éticopolítica más acabada, los derechos humanos, también responde a la razón pura, como la aritmética y la geometría. Es decir, la idea misma de los derechos humanos nació alejada de la realidad empírica de *Homo sapiens*, a quien se le extrajo de su vida terrenal y se le imaginó en un plano de abstracción euclidiana. Originalmente, el pensamiento cristia-



no apuntaba a la semejanza de todos los hombres con Dios y, de ahí, sostenía su dignidad común. Pero la traducción laica de ese principio ético es posterior, a partir del siglo XVIII el pensamiento político comenzó a aceptar el supuesto de que todos los hombres somos libres e iguales, aunque esa libertad y esa igualdad no hayan existido nunca en la realidad observable. Si decimos que “todo hombre vale por uno, sin importar diferencias económicas, de credo o étnicas, y que nadie vale más que otro” estamos ante la primitiva definición matemática que sirve de soporte al resto del pensamiento político moderno.

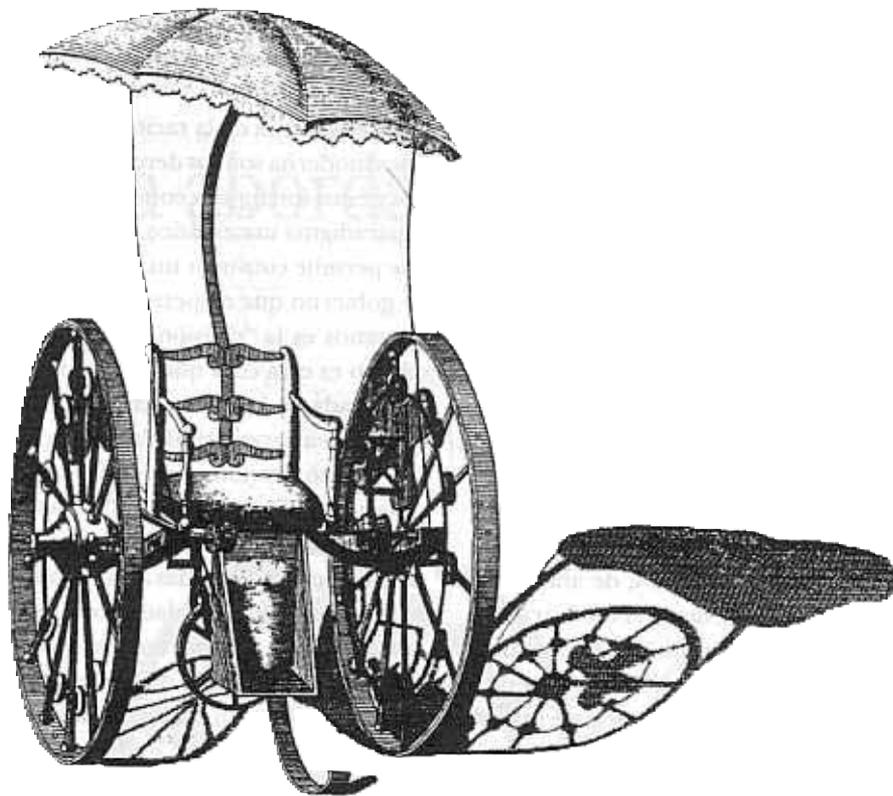
Verdaderos matemáticos estuvieron involucrados en el diseño de estas ideas. En el siglo XVII, para el matemático y jurista Gottfried Leibniz —inventor junto con Newton del cálculo infinitesimal—, el yo de cada hombre era una *mónada* (término derivado del griego “unidad”, “aquello que es uno”) indivisible, sin partes, sin comunicación con el exterior; el cuerpo humano, en cambio, era un mero *aggregatum* de mónadas “inferiores”. Con Kant, esta extravagante idea del hombre se afianzó y la definición kantiana de “persona” quedó completamente alejada de la biología humana.

Los hombres como bloques de materia en una balanza

Si la plataforma de la racionalidad política moderna son los derechos humanos y éstos son figuras construidas bajo el paradigma matemático, el principio que permite construir una maquinaria de gobierno que respete los derechos humanos es la “división de poderes”, que no es otra cosa que una metáfora importada de la física clásica. Se trata de una idea parasitaria de la ciencia que sistematizó Newton y que recién explicaba el mundo en los siglos XVII y XVIII.

Las ideas tomadas de la física newtoniana fueron trasladadas al pensamiento social y las humanidades con resultados diversos, algunas veces absurdos. Por ejemplo, el padre de la educación moderna, Giovanni Enrico Pestalozzi, por culpa de su lectura de Newton, recomendaba a un desventurado alumno el siguiente método para estudiar: “Comienza ante todo por reconocer la ley del mecanismo físico, que hace siempre depender la intensidad relativa de tus impresiones de la distancia más o menos grande que separa tus sentidos de todo objeto que los hiere. No olvides jamás que de esa proximidad o de esa lejanía física resulta todo lo que hay de positivo en tus intuiciones, en tu educación profesional y aun en tu virtud.”

En otros campos fueron más efectivas las metáforas, por ejemplo en el lenguaje amoroso (al hablar de “atracción” entre los amantes) y, particularmente, en la ingeniería política. Montesquieu observó el sistema político inglés y dedujo que la forma “natural” de gobierno era como los sistemas mecánicos, donde las fuerzas se equilibran. El poder no debía concentrarse sólo en el rey, sino repartirse también en el parlamento y los jueces, para formar un equilibrio preventivo del autoritarismo.



El ex presidente norteamericano Woodrow Wilson lo explica bien: “Los estadistas de nuestras tempranas generaciones a nadie citaban con tanta frecuencia como a Montesquieu y siempre lo citaban como modelo científico en el terreno de la política. A su contacto la política tornose en mecánica. La teoría de la gravitación es universal.”

Si bien la división de poderes ha sido un mecanismo efectivo contra el despotismo, se puede descubrir su carácter de racionalidad parasitaria. Mucha gente cree actuar “racionalmente” en política cuando vota por candidatos a diputados de un partido y por otro para presidente de la República, de modo que se “equilibren” así ambas instituciones, no obstante que las fuerzas políticas no estén en una balanza, ni tengan una masa ponderable y que un sistema político mecánico —como el mexicano— no esté diseñado para funcionar a partir de la cohabitación de au-

toridades con ideologías enfrentadas.

Un análisis estructural del equilibrio político de México nos muestra que precisamente la estructura que la constitución establece es un sistema rígido, mecánico y obsoleto. Tal parece que la más simple teoría de sistemas no ha permeado en el pensamiento que estudia la organización política del Estado, de manera que consiga armonizar la representatividad de las autoridades con la gobernabilidad del Estado. Además, si se trata de ponernos a equilibrar fuerzas políticas, éstas ya no están sólo en los tres poderes que percibía Montesquieu, sino en empresas transnacionales gigantescas, en los centros monopólicos de conocimiento, etcétera. Seguir insistiendo —como lo hacen los actores políticos— en controlar al presidente de la República mediante el fortalecimiento de los poderes legislativo y judicial empieza a ser ingenuo cuando no interesa cómo controlar a la

Coca-Cola Co. Las obsesiones de políticos y politólogos suelen no tener mucha relación con nuestros problemas colectivos, con la miseria, la violencia, la manipulación del conocimiento.

Los paradigmas organicistas y funcionalistas

Una reacción contra el excesivo mecanicismo en la ciencia política fue reivindicar la idea de la sociedad como un organismo. Durante el siglo XIX aparecieron escuelas de pensamiento social parasitarias del paradigma biológico, particularmente de la teoría de Darwin (como el organicismo sociológico).

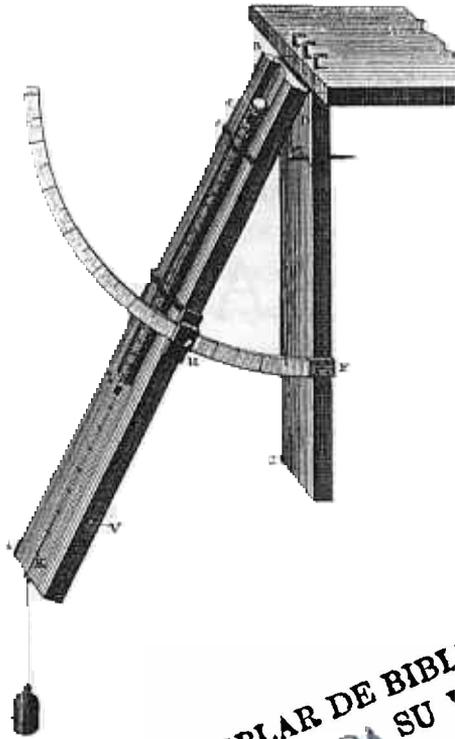
Uno de los problemas centrales que surgieron al aplicar esta concepción de la sociedad como un organismo fue el sacrificio de los derechos individuales, al ser vistas las personas como meros órganos de la colectividad. El fascismo como modelo político suponía que los individuos no eran nada y que el pueblo o el Estado lo eran todo. Durante décadas, la izquierda política también se identificó con el paradigma organicista y rechazó violentamente las construcciones políticas anteriores, es decir, los derechos humanos y la división de poderes. Marx veía los derechos humanos como expresión del individualismo egoísta protector de los intereses burgueses. Sólo como consecuencia de la experiencia totalitaria del socialismo real y la represión a los disidentes en las dictaduras militares se ha introducido recientemente la cultura de los derechos humanos entre socialistas y neomarxistas.

El problema del caos político ha sido estudiado con bastante éxito desde el paradigma organicista. El organicismo sociológico del siglo XIX nos heredó una hipótesis que ha sido comprobada empíricamente a lo largo de

la historia: el funcionamiento pacífico de la sociedad se facilita al existir una identidad colectiva, construida por medio de la educación homogénea o de sentimientos de pertenencia, como el nacionalismo. Justo Sierra asesoraba a Porfirio Díaz en la construcción de la nación por medio de la exaltación del orgullo patriótico y la implantación de la educación obligatoria. Para Sierra, el Estado era un organismo: "El único organismo cuyas funciones abarca la sociedad entera, aquel que puede considerarse como encarnando la conciencia misma de la colectividad, el que está forzosamente en contacto con todas las necesidades orgánicas, el que sólo puede aplicar una dirección uniforme al conjunto, el que representa en el organismo social una cosa análoga a lo que es el aparato regulador en el organismo humano, el Estado, en suma, que resume, por decirlo así, todas las fases de la vida social: el pasado con sus dolores y sus luchas y sus triunfos. De este concepto del Estado nace el derecho a imponer y a exigir la instrucción."

La utopía organicista de Justo Sierra se estableció con cierto éxito, pues los sucesivos gobiernos mexicanos emplearon la propaganda nacionalista para generar unidad nacional y la educación fue el principal instrumento de ello. Posteriormente, teóricos políticos mexicanos confiaron que el funcionamiento de la sociedad mexicana dependía de una conducción central.¹ El presidencialismo mexicano fue una construcción teórica diseñada conscientemente entre 1917 y 1934. Sus características consistían en concentrar los tres poderes en un solo individuo, a costa de la antes mencionada división, y de mantener la unidad por medio de un partido único, sacrificando así la democracia de partidos. El caos político cedió algunas décadas.

En la actualidad, ni una educación propagandista (como la que intentaron en su tiempo Porfirio Díaz o Salinas de Gortari, este último con los célebres libros de texto de historia), ni el presidencialismo son suficientes para revertir el caos político. El peligro es que se están desarmando las instituciones que conferían funcionalidad al sistema sin ser sustituidas por otras; se desmantela el presidencialismo sin descentralizar la racionalidad política en la sociedad. La paradoja actual de la política mexicana se expresa en una población que vota masivamente (80% del padrón), pero que carece de información política (sólo 10% de los mexicanos lee el periódico). Un nuevo paradigma funcionalista tendrá que probar otros recursos, compatibles con la pluralidad, la circulación de información, los equilibrios de poderes y el respeto a los derechos humanos; un nuevo paradigma que deberá incorporar dentro de sí la racionalidad pura que concibe al individuo como ente insacristificable y la racionalidad mecánica que modera los excesos de poder. Los sistemas no funcionan espontáneamente, tienen siempre una lógica interna que hay que conocer; para salvarnos del caos, de la ingobernabilidad que augura Sartori, la lógica del sistema presidencialista mexicano basada en la concentración de la racionalidad política debe ser sustituida por un sistema que emplee las modernas tecnologías de la información para descentralizar esa racionalidad en toda la sociedad. Es por eso que resulta estratégico ampliar la cobertura educativa, fomentar la discusión política racional y realizar más plebiscitos y referendos que nos obliguen a pensar en el funcionamiento del poder, a entender el complejo mecanismo político que hoy vemos con tanta desconfianza.



EJEMPLAR DE BIBLIOTECA
PROHIBIDA SU VENTA

Nota

Destaca la influencia del libro de Emilio Rabasa, *La constitución y la dictadura*, entre los constituyentes de 1916, convencidos de la necesidad de fortalecer la figura presidencial y dotarla de los grandes poderes necesarios para emprender la reforma revolucionaria. Rabasa, Emilio, *La constitución y la dictadura. Estudio sobre la organización política de México*, 1912 (Porrúa, México, 1990).

Bibliografía

- Attali, Jacques. 1994. *Milenio*, Seix Barral, México.
- Kuhn, Thomas. 1993. *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México.
- Pestalozzi, J. E., *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, Porrúa, México.
- Sierra, Justo, *La educación nacional, Obras completas*. FCE, México.
- Tamayo y Salmorán, Rolando, *Elementos para una teoría general del derecho*, Themis, México.
- Wilson, W., 1922. *El Gobierno Constitucional en los Estados Unidos*, Ed. Cultura, México.

Bernardo Bolaños: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

LA LITERATURA Y LA HUMANIZACIÓN DE LA MEDICINA



Los pacientes confían en que sus médicos prevengan, diagnostiquen y traten certeramente sus enfermedades, además, esperan que lo hagan con humanismo. Sin duda, la medicina camina paulatinamente hacia las tres primeras metas; en cambio, el cuarto atributo parece perder cada día más terreno. Los médicos de antaño poco sabían de biología molecular, genética humana, bioingeniería y epidemiología; pero cargaban en su maletín altas dosis de plática, paciencia, candor y calor humano. Esta deshumanización tiene causas muy variadas que no analizaré aquí. En cambio, en este ensayo abusaré del tiempo del indulgente lector con algunas reflexiones acerca de cómo el arte, en particular la literatura, puede contribuir a promover la difícil y paradójica tarea de “humanizar” la medicina. El entrecomillado es porque pienso que si algún ser extraterrestre (no necesariamente inteligente) nos visitara, se sorprendería al saber que una actividad tan inherentemente humana como es el alivio del sufrimiento está en peligro de destruir precisamente lo que por siglos ha sido el meollo de su éxito.

La relación entre literatura y ciencia está en debate desde la época victoriana. Matthew Arnold defendió la literatura mientras que Thomas Huxley propuso que las ciencias naturales remplazaran las letras humanas durante la educación general. En su famoso y controvertido ensayo *Las dos culturas*, C.P. Snow sugirió en 1959 que las ciencias naturales y las humanísticas están irremediablemente separadas y que el futuro pertenece a los científicos. Tal aserto podría tener cierta verdad entre algunos círculos científicos y literarios, sin embargo, conforta saber que desde 1972 algunas escuelas de medicina norteamericanas utilizan métodos literarios, textos clásicos y

clases de literatura para tratar de ayudar a los médicos en formación a escuchar mejor a sus pacientes y humanizar sus actividades. Igualmente, varias revistas médicas de circulación internacional desde hace varios años publican secciones dedicadas a la literatura en donde, por ejemplo, reseñan textos literarios y reproducen poemas.

El estudio de la literatura puede contribuir a incrementar las dimensiones humanas del médico de varias maneras: 1) las narraciones literarias de los padecimientos pueden enseñar lecciones concretas acerca de las vidas de las personas enfermas; 2) las obras maestras de ficción permiten a los médicos comprender la fuerza y las implicaciones de lo que hacen; 3) por medio de la narrativa, los médicos pueden entrenarse a captar mejor las historias clínicas de sus pacientes y con ello aumentar su certidumbre diagnóstica y terapéutica; 4) los estudios literarios tienen la capacidad de incrementar la experiencia narrativa de los médicos y de ahondar en el entendimiento de actos en los que está involucrado el discernimiento ético; 5) el estudio de la literatura ha ayudado a enfrentar algunos de los desafíos actuales de la medicina, por ejemplo, la posición de los médicos como entes sociales y modificadores de su entorno ambiental; finalmente, 6) la literatura puede atemperar la siempre potencial enajenación que produce la experiencia diaria de la enfermedad y del sufrimiento.

Abundan los trabajos literarios sobre la vida de pacientes, del quehacer médico, del conocimiento narrativo, de la ética narrativa y sobre la teoría literaria de la medicina. Como el viaje emprendido por Dante al infierno en la *Divina Comedia*, que podría ser como un recorrido hacia cualquier enfermedad. En *La muerte de Iván Ilich*, Tolstoi

lleva de la mano al lector al lado de la cama de un burócrata maduro y moribundo de cáncer que articula sin temores las lamentaciones de una vida egoísta y sus miedos de morir totalmente solo. En su obra maestra *La metamorfosis*, Kafka narra una parte de la vida de Gregorio Samsa, quien se ha convertido repentinamente en insecto, y la reacción de su familia, lo que podría ser quizás una metáfora de las varias transformaciones y del estoicismo que producen las enfermedades en pacientes, familiares y aun en médicos. En *Intoxicated by my Illness*, Anatole Broyard, genio de la llamada "literatura de la muerte", describe sin tapujos su enfrentamiento con el cáncer de vejiga y con su propia mortalidad.

Las representaciones literarias del trabajo cotidiano de los galenos pueden ayudar también a aclarar su papel en la sociedad y lo que ésta puede esperar de ellos. *La montaña mágica* de Thomas Mann y *La peste* de Albert Camus son narraciones de los mundos personales, profesionales y políticos de los médicos. Médicos-escritores como Anton Chéjov, William Carlos Williams y Oliver Sacks, entre otros, escriben sobre la medicina con gran profundidad. En *El pabellón número 6*, Chéjov describe los grandes conflictos internos del estoico doctor Raguin ante la vida y ante la incurabilidad de algunas enfermedades. En *Despertares*, Oliver Sacks narra claramente la obsesión de los médicos por encontrar curas milagrosas y su lucha por convencer a las autoridades del poder de la investigación. En su formidable cuento *Sólo para fumadores*, Julio Ramón Ribeyro nos da una clara idea de cómo el cigarro gobierna la vida del fumador y de los graves daños que le causa su adicción.

Cuando un médico recibe a un paciente está expuesto a una compleja historia; con sus palabras y gestos el enfermo narra algunos episodios y sensaciones; si el paciente está dubitativo o es un narrador caótico el galeno debe estar especialmente alerta para escuchar la historia, atender lo importante y desechar lo superfluo, para rellenar huecos y finalmente para agrupar los datos que le permitan emitir su

diagnóstico. Para ello, el médico requiere técnicas que pueden ser ejercitadas por medio de la lectura, como respetar el lenguaje, no tomar partido, organizar los puntos en un texto que lo ayude a atar cabos y a entender una historia dentro de muchas otras narradas por el mismo sujeto.

La descripción de algunas enfermedades por quienes las padecen también contribuye a entender la relación siempre estrecha entre literatura y medicina. Aunque ayuda, como a Dostoievski, el sufrimiento no es un prerequisite para la creación literaria; tampoco equivale a decir que el escritor deba estar enfermo para que pueda transmitir ideas reales del sufrimiento. Mann tuvo tuberculosis y sífilis, pero sólo en sus novelas. Igualmente, la influencia de la enfermedad del escritor puede comprobarse de diversas maneras y sus narraciones son verdaderas historias clínicas. Por ejemplo, el obsesivo interés de nuestro admirado Marcel Proust por los más pequeños detalles de la vida cotidiana y de su constante re-creación, fueron, dicen sus biógrafos, el origen de su temperamento neurótico; además, su asma fue un santuario que lo enfrentó a Cronos y lo impulsó a crear su portentosa obra *En busca del tiempo perdido*.

El sentido común dicta que el médico aprende humanismo en su cuna y que sólo lo pone en práctica en el hospital o en el consultorio. Las escuelas de medicina esperan que los alumnos aprendan la ciencia clínica de sus maestros; suponen también que los estudiantes absorben de la misma manera las cualidades humanas de la medicina, esto es lo que muchos llaman "el arte de la medicina". Creo que esto tiene algo de verdad, sin embargo, así como los médicos no aprenden toda su ciencia sólo de ver, los estudiantes tampoco pueden adquirir sólidamente las bases humanas de la práctica médica sin un entrenamiento explícito y progresivo. Tengo para mí que, junto con otras estrategias y medidas, la literatura podría auxiliarnos a todos en ese esfuerzo.

Antonio R. Cabral

Instituto Nacional de la Nutrición "Salvador Zubirán"

